

La puerta del Cármen, torre del Pino, Santa Engracia y línea que va hasta la huerta de Campo Real, fueron los puntos que mas sufrieron, como que eran los elejidos por los generales franceses para internarse en la ciudad. Las familias que moraban por aquellos parages iban replegándose al interior; y vista la inhumana direccion que el enemigo daba á sus fuegos, fué preciso sacar los enfermos y dementes del hospital de Nuestra Señora de Gracia, fundado por D. Alonso el V, trasladándolos del suntuoso edificio de la calle de Santa Engracia á la lonja de la ciudad, sita á la parte opuesta junto á la puerta del Angel. Todo anunciaba el dia 5 una general embestida, y Palafox no se durmió. « Un asalto, decia á Renovales, encargado del mando en jefe del canton comprendido entre la puerta del Sol y huerta de Santa Engracia, se evita con fusiles, con pistolas, con lanzas, con piedras: si hay serenidad, son perdidos los que asaltan. » Sin embargo, la noche del 5 pasó sin novedad particular. El dia elegido por los franceses para apoderarse de la capital era el 4; y ese dia á la vez fué el mas tremendo, el mas espantoso sin duda de cuantos alumbraron á Zaragoza en todo el transcurso del sitio.

Roto el fuego por los franceses, al rayar el alba, con sus sesenta bocas á la vez, parecen desquiciarse cielo y tierra con el reiterado estampido. La infanteria enemiga sale poco despues de sus líneas por la izquierda y derecha del castillo, llamando la atencion de los defensores en los dos extremos meridionales de la ciudad; pero no es ya el Portillo, ni Sancho, ni el cuartel de caballeria el punto ó puntos elegidos por blanco principal de su empeño. El coronel Lacoste, ayudante de Napoleon y jefe de ingenieros, ha hecho conocer á Verdier lo inútil que será su tentativa mientras no varie de plan, y convencido el general enemigo de la justicia de sus observaciones, dirige sus esfuerzos á apoderarse de la ciudad por el centro, ó sea por la puerta de Santa Engracia. Batido este punto y sus inmediaciones por veintiseis piezas á tan corta distancia como la que arriba hemos dicho, fácil es inferir lo terrible y destructor del fuego enemigo. El marques de Lazan, acompañado de su hermano D. Francisco, acude presuroso con la caballeria á las cercanias de Santa Engracia no bien oye los primeros disparos, mientras Palafox multiplicándose en todas partes, corre de unos puntos á otros, alentando la constancia de los suyos allá donde el peligro espanta mas. Arrasadas nuestras débiles baterias á las cinco horas de empezado el combate; muertos ó sepultados vivos entre los escombros de la suya los que defienden la de Santa Engracia, y abiertas en la huerta de este monasterio y en la contigua de Campo Real dos anchisimas brechas, precipítanse por ellas los franceses, despues de atravesar el rio Huerva; y añadiendo soldados á soldados, consiguen internarse por las huertas, dirijiéndose por la calle del Hospital á atacar por la espalda las puertas que sus compañeros de afuera continúan batiendo de frente. Los héroes del punto atacado tienen que atender á la vez á lidiar por delante y por detrás, y lo hacen con furor desesperado, costando á los franceses muchas vidas cada paso que dan hácia adentro. Entretanto la puerta del Cármen ha dejado su foso cubierto de cadáveres enemigos, rivalizando con sus defensores los valientes de la Torre del Pino, entre los cuales el soldado Ruiz lleva su osadia al extremo de adelantarse solo al paseo á clavar un cañon enemigo, hecho lo cual vuelve á los suyos, recibiendo la graduacion de oficial por merecido premio de su hazaña.

Los franceses por su parte, animados de un arrojo que parece sobrenatural, continúan midiéndose en las huertas con hombres que segun les resisten parecen mas que humanos tambien. En la lucha de aquellos semi-dioses, favorece la suerte por último á las águilas imperiales, las cuales á manera de aves nocturnas que elijen su morada entre ruinas, penetran en el monasterio de Santa Engracia, convertido todo en escombros y cubierto de despojos humanos. Los zaragozanos no pueden mas: su desesperado denuedo cede el puesto á la superioridad de la fuerza enemiga y á su entonces menguada ventura. Los de la Torre del Pino, al ver ocupado el monasterio, retiran á las casas de Santa Fé los dos caño-

nes que tienen. Los paisanos de la puerta de Santa Engracia hacen por su parte otro tanto, situándolos en la calle del mismo nombre junto al malhadado hospital. En la puerta del Cármen sucede lo mismo, y sus defensores retiran las piezas al edificio de Convalecientes, donde se sitúan á fin de impedir se derrame el enemigo por aquella parte á tomar por la espalda las baterías del Portillo y Sancho. Renovales guarnece la plaza de San Miguel, y á continuacion vuela impávido á reunirse con los defensores de la batería situada á la entrada de la calle de Santa Engracia. Estos sostienen su puesto con heroísmo; pero introduciéndose el enemigo por las tapias del convento de San Francisco, abandonan al fin la batería y los franceses se apoderan de ella. En aquellos terribles momentos está el suelo rebotando en cadáveres. Verdier ha sido herido en el asalto, y ha entregado el mando á Lefebvre. Tales son las primeras consecuencias del combate empezado aquel día y de la ocupacion del monasterio.

Dueño el enemigo de este y de todo el terreno comprendido entre la puerta del Cármen y el Jardin Botánico á la parte del mediodía, entre este y la entrada de la calle de Santa Catalina al oriente, entre la mencionada entrada y convento de S. Francisco al norte, y entre dicho convento y la espresada puerta del Cármen al occidente, la empresa de ocupar lo que resta á su frente derecha é izquierda, parece consecuencia inmediata. Sus victoriosas legiones al fin de largas horas de combate dominan el Coso, y empiezan á estenderse hasta los dos extremos de esta calle, la mas ancha que tiene la ciudad, llegando por la derecha hasta la plaza de la Magdalena y por la izquierda á la de las Estrévedes, mientras una de sus columnas se dirige por su frente al Arco de Cineja (tomándolo equivocadamente por la calle de S. Gil), á fin de apoderarse del puente de piedra que comunica con el Arrabal. La sorpresa del vecindario en los primeros momentos de la invasion hace latir los corazones de un modo angustioso, dirijiéndose en tropel gran multitud de viejos, mugeres y niños hácia la plaza de La Seo, intentando pasar el puente y salvarse del francés con la fuga. El clamoreo de las desoladas madres, de las aflijidas esposas y de los hijos pequeñuelos comienza á hacer su efecto en los mismos defensores, no pudiendo resistir muchos de ellos el cuadro que presentan sus familias sobrecojidas de consternacion. Vanamente el coronel Samitier procura contener la muchedumbre: llena esta de espanto y de pavor, agólpase á la puerta del Angel y empieza á derramarse por el puente. Viendo esto el teniente de húsares D. Luciano de Tornos, arrebatada furioso una mecha, y volviendo los cañones del puente y el de la batería de S. Lázaro contra la multitud que quiere huir, amenaza disparar sobre ella si prosigue adelante. Esta resolucion enérgica produce su efecto, y unidas á ella las exhortaciones de los eclesiásticos, consiguen detener los fujitivos. Poco á poco el valor vuelve á los pechos que parecia haber desamparado, y el ejemplo de otros muchos patriotas que clavados en las bocas calles hacen frente sereno al enemigo, obliga á que lo imiten los demas. Un nuevo y terrible combate, que debe durar siete horas, comienza á trabarse en las calles, siendo cada casa un baluarte, cada esquina un lugar de resistencia, cada plazuela un campo de batalla. Los franceses que se han dirigido por la calle del Arco de Cineja son destrozados todos en aquella estrechura por los irritados patriotas. Los de la plaza de la Magdalena huyen tambien la furia zaragozana y la carga del bravo Simonó, retirándose á las ruinas del Seminario y de allí al convento de S. Francisco; mientras el presbítero Sas se cubre al otro extremo de gloria, haciendo abandonar á los imperiales la plaza de las Estrévedes. Los hechos de denuedo y de gloria se suceden unos á otros, llegando los paisanos al extremo de lanzarse á las piezas enemigas, abrazándose denodados con aquellos instrumentos de muerte y arrancándolos á sus contrarios. Superada la primera sorpresa, no son ya los fuertes los únicos que toman parte en la lucha, sonlo tambien las mismas mugeres, los decrepitos y aun los niños, sobresaliendo entre las primeras, ademas de la brava Agustina, la justamente célebre Casta Alvarez, muger del pueblo, y aun mas la insigne y para siempre memorable condesa de Bureta, Doña Maria Con-

solacion de Azlor y Villavicencio, que viendo invadida la ciudad y próxima su casa á ser cortada, forma dos barricadas en la calle y espera heroicamente al enemigo resuelta á resistirle hasta morir. Rechazado este por todas partes vuelve á ocupar sus puntos anteriores, guareciéndose en el hospital y en el convento de San Francisco, y debiéndose gran parte del éxito al intendente Calvo, que desembocando en el Coso con 600 hombres de refresco traídos del Arrabal, acaba de esparrir el desconcierto, la consternacion y el espanto en las fieras falanges enemigas.

Los demas que se distinguieron en tan heroica resistencia, como Renovales, Obispo, los dos ilustres Torres, Sangenis, Beyan, Santa Romana, Quiroga, Cortinez, Armendariz, Navarro, Ipas, Abanto, Fr. José Garin y otros muchos, no es posible citarlos uno á uno sin hacer interminable la lista. ¿Pero cómo dejar de hacer mencion, y muy señalada y gloriosa, del sexajenario Cerezo, labrador de la parroquia de S. Pablo, capitan de una de sus compañías y gobernador del Castillo, que tras haber defendido este punto en los dias anteriores con inteligencia y denuedo, salió al Coso en este de que hablamos, armado de espada y broquel, haciendo mil prodijios de valor con tan estrañas y desusadas armas, donde mas inminente era el riesgo, donde con mas furia silbaba la lluvia del plomo enemigo? ¿Cómo omitir la sublime y lacónica respuesta dada por Palafox á Lefebvre á la intimacion de rendirse, que con laconismo igual le hizo este, cuando era mayor el conflicto de la atribulada ciudad? «Cuartel general de Santa Engracia (escribió el general enemigo): PAZ Y CAPITULACION.»—«Cuartel general de Zaragoza (contestó el



HEROISMO DE PALAFOX.

general Palafox): GUERRA Y CUCHILLO.» No recurramos á la antigüedad para buscar en ella modelos de invencible constancia y heroismo: la guerra contra Francia nos los da tanto como Sagunto y Numancia, y como los tiempos de Pelayo, de Fernan Gonzalez y el Cid.

Los franceses perdieron 2,000 hombres entre muertos y heridos en los crudos combates de aquel dia: de los zaragozanos pereció tambien mucha gente, por la mañana sobre todo; pero en la gran refriega de la tarde fué triplicada á la nues-

tra la pérdida del enemigo, empeñado sin fruto en la conquista de las calles y casas de la población, y en pasar, sin poder conseguirlo, de uno al otro lado del Coso.

Y en esta posición permanecieron todo el resto del sitio, sin serles posible adelantar una sola pulgada á la acera que tenían enfrente, siendo la cruz levantada en medio de aquella ancha calle el limile ó mojon divisorio de los dos campamentos rivales. Los vecinos parapetaron las bocas-calles con sacas de lana y con toda clase de efectos, haciendo lo mismo por la izquierda y derecha del enemigo, y estrechándole en el terreno que dentro de la ciudad tenía ocupado hasta el punto de ofrecer esta el aspecto de un *doble sitio*, el de los enemigos respecto á la población y el que los defensores oponían á las manzanas que ocupaban aquellos. Los combates parciales, dados sin tregua por unos y otros en todo el borde, por decirlo así, de la cuña de tropas francesas introducidas en la población, ni es posible reducirlas á número, ni menos referir uno á uno los infinitos y heroicos hechos con que los hijos de Zaragoza ilustraron personalmente su nombre en aquella reñida contienda. La ciudad era todo un infierno con el fuego continuo que se oía lanzado de ventana á ventana y de balcon á balcon, viéndose hasta los mismos tejados convertidos mas de una vez en disputado campo de batalla. El fusil resonaba allá abajo en encrucijadas y calles, y sonaba tambien allá arriba en los últimos pisos de las torres de las profanadas iglesias. Acostumbrados los imperiales á la flemma habitual de los pueblos de Alemania, no podían mirar sin asombro aquella sangre fria aragonesa, aquella serenidad impassible con que les enseñaban á morir los hijos de la invicta ciudad. Cubierto el Coso de cadáveres desde la refriega del 4, y no habiendo dado lugar á sepultarlos el empeño de unos y otros en hacerse la guerra sin tregua, empezóse á temer un contajo con las exhalaciones de los muertos. Para evitarlo, cogían los zaragozanos á los prisioneros franceses, y atándolos con una cuerda, los hacían avanzar desde las esquinas al sitio de la carnicería, á fin de retirar los cuerpos de sus compatriotas y darles sepultura. Los franceses hacían otro tanto respecto á los suyos, atando de la misma manera á los prisioneros españoles; y mientras unos y otros cumplían este deber piadoso con los muertos y de conservación para los vivos, los fuegos que se cruzaban de ambas partes perdaban recíprocamente á los prisioneros contrarios (1).

Tanta porfía y tenacidad de parte de los defensores debía al fin agotar sus fuerzas, si no venía gente de refresco. Conociéndolo así Palafox, habia salido de Zaragoza con sus dos hermanos, despues de la sublime respuesta á la intimación de Lefebvre. Antes de salir hizo prometer á los zaragozanos que se sostendrían constantes hasta su próxima vuelta, y asegurado de su teson, dirigióse con la actividad que tan admirablemente le caracterizaba á acelerar la marcha de los socorros que tanto de hombres como de municiones y víveres se esperaban de fuera. Llegado á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, alcanzóle allí el intendente Calvo y le notificó lo ocurrido despues de su partida en la heroica defensa de la tarde. A las nueve de aquella misma noche llegaron á Osera las primeras tropas que se esperaban, consistentes en 4700 hombres procedentes de Cataluña, al mando de los coroneles D. Luis Amat y Teran y D. José Manso. El resto, compuesto de 5000 soldados á las órdenes de D. Felipe Saint Marc, debía llegar de Valencia por el camino de Tuel; pero habiendo de tardar algun tiempo, y siendo tan urgente la necesidad de socorrer á Zaragoza, deliberóse en consejo de guerra lo que debía hacerse. La determinación fué, que el marqués de Lazan se dirigiese á la ciudad sin demora con los 500 guardias españolas que traía Manso, y en efecto lo verificó así, entrando en Zaragoza en la madrugada del 5, llenando de alegría á la po-

(1) Este hecho, que por sí solo vale un libro, lo traen los autores de la obra titulada: *Victoires, Conquêtes, etc. des français de 1792 á 1815*; tomo XVIII, página 177.

blacion. Tras él debía seguir Palafox con los 4200 voluntarios de Amat, cerrando la retaguardia su hermano D. Francisco y el intendente Calvo con el convoy; pero este movimiento esperimentó dificultades y retardos, porque noticioso Lefebvre de la entrada de Lazan en Zaragoza y del entusiasmo que su pequeño socorro habia escitado, quiso impedir la entrada de nuevos auxilios, temiendo las consecuencias. Su oposicion fué inútil, dado que Palafox burló el encuentro desviándose á Villamayor, donde reuniéndosele desde Huesca el coronel Perena, á quien hizo venir con 2000 hombres adiestrados por él, la mitad de ellos sin armas, dejó á estos en aquellas alturas á fin de llamar la atencion del enemigo, y encubriendo así su movimiento, y recurriendo á otros ardides que acreditaron su buen fino y superior inteligencia, entró la mañana del 9 en la heroica ciudad, despues de rechazar felizmente las partidas francesas de la izquierda del Ebro. El convoy, compuesto de 50 carros de las Cinco Villas y 150 de la tierra baja, con toda clase de comestibles, entró despues con la misma felicidad, precediéndole con Palafox la pólvora y seis cañones volantes de Lérida. Perena quedó con su gente en las alturas de San Gregorio y Juslibol, procurando aparentar mas fuerza de la que tenia, é imponiendo desde allí al anemigo, el cual se vió por fin obligado á reparar el Ebro.

Palafox á su vuelta á la ciudad admiró la defensa de los suyos durante su ausencia, y decidido á llevarla adelante hasta el último extremo, congregó un consejo de guerra, en el cual se resolvió sostener el glorioso recinto con la misma constancia que hasta entonces, y si por una vuelta de fortuna llegaba el francés á ocuparlo, fortificarse en el Arrabal con los valientes que quedasen, vendiendo allí caras sus vidas. Este sacrificio cruel no fué, sin embargo, preciso. Los socorros introducidos en la ciudad habian levantado el ánimo de los defensores hasta un extremo difícil de explicar, decayendo en la misma proporcion el de los franceses, los cuales no podian prometerse éxito ninguno feliz, cuando estando la ciudad mas apurada no habian podido conseguirlo antes. Fieros á despecho de todo, y como si obedeciesen al demonio de la desesperacion, redoblaron su empeño en la noche del 10 de agosto contra la bateria de Convalecientes y contra la casa de Misericordia, cuyo punto batian desde el convento de Trinitarios estramuros; pero todo tan infructuosamente, que llenos de rabia y de ira dieron bien á entender su impotencia, entregando á las llamas por la espalda las casas de la acera que ocupaban en la calle de San Ildefonso, y haciendo lo mismo con la iglesia del hospital, en cuyas inmediaciones perdieron hasta dos veces el convento de Sta. Catalina, del cual se apoderaron los patriotas antes de llegar Palafox. Acostumbrados estos al estrépito continuo de las bombas y granadas, y á la esplosion y aplomamiento de los edificios, érales todo ya tan familiar, que parecian no vivir sino de la guerra, no respirar con gusto otro aliento que el humo de la pólvora, ni tener otro ser ú existencia que la agitacion y el peligro.

No era posible, pues, que los franceses por aquel entonces se apoderasen de Zaragoza, y menos estando tan próximas las tropas que venian con Saint Marc. La noticia del desastre de Bailen y la de la salida de José de Madrid, sabida en Zaragoza la tarde del 11, acabó de llenar de júbilo á los habitantes, si bien no se durmieron por eso, siendo todavia de esperar alguna nueva arremetida antes que Saint Marc arribase. El nuevo ataque no tuvo lugar, puesto que el dia 13 recibieron los franceses la orden definitiva de levantar el sitio, orden dada ya el dia 6, pero que habia sido revocada. Precedió el tal mandato algunas horas á la llegada á Zaragoza de la division valenciana, siendo el enemigo atacado por la vanguardia de esta y por los aragoneses al caer de la tarde del 13, cuando se disponia á partir. Viéndose acometido, apresuró Lefebvre su retirada, volando los restos del monasterio de Santa Engracia, del cual no quedaron ilesos sino la torre y el célebre pórtico de mármol, obra del artista Morlanes, con dos torrecillas que adornaban los costados del pórtico. La iglesia subterránea de los Mártires quedó toda cegada con las ruinas. Trasladados los franceses á Torrero, donde reconcentraron su campo,

volaron por la noche los almacenes y varios edificios, retirándose al amanecer del 14 despues de clavar y echar al canal su artillería gruesa, siendo hasta 74 las piezas de diversos calibres que los zaragozanos hallaron despues abandonadas en diferentes puntos. La precipitación de los franceses fué tal, que ni aun el pan que tenían



LOS FRANCESSES LEVANTAN EL SITIO DE ZARAGOZA.

recien amasado en Torrero pudieron llevarse. Varias partidas nuestras salieron á picar la retaguardia del enemigo, siguiendo en pos la division valenciana, pero aquel llegó á Tudela en tres dias sin descalabro particular. El 20 evacuaron los franceses á Tudela, cortando un arco del puente, y estableciendo Lefebvre en Milagro su cuartel general, donde situó tambien el grueso de su ejército. Las tropas de Saint Marc, despues de un pequeño encuentro en Fontellas, abandonaron el camino real, yendo con ellas el cuerpo del baron de Versage y tomando la ruta de Ablitas y Malon, como para dirigirse á Tarazona.

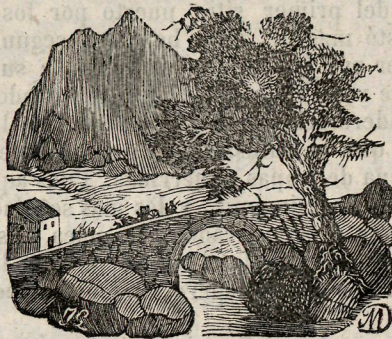
Tal fué el término del primer sitio puesto por los franceses á la inmortal Zaragoza, el cual les costó mas de 5000 hombres segun Toreno, bien que hay datos fundados para creer que fué mucho mas grande su pérdida. Los españoles perdieron 2000. «Célebre y sin ejemplo, dice el historiador mencionado, mas bien que sitio, pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio, y los mas señalados, fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos, que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.»

La Europa miró con asombro una resistencia tan desesperada, y de la cual no ofrecen ejemplo, segun los mismos escritores franceses, los anales de los tiempos modernos. «La defensa de Zaragoza (dice el ilustre Foy), que tan grande ejemplo dió á España, resonará en la série de los siglos. Verdad es que los habitantes no fueron acometidos sino por un puñado de soldados, y verdad es tambien que no

llegó á formarse un sitio regular (1); pero hallándose aquellos hombres sin defensa, era preciso todo su valor para compensar la superioridad de tropas aguerridas; cosa casi imposible en campaña, porque el número en tales casos ha cedido siempre á la disciplina. La fuerza de los españoles comenzó en la ciudad y se acrecentó á proporcion que el sitiador seguía progresando. Las brechas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos. Los sitios en España han sido siempre heróicos. Y no se diga que habiendo al fin de sucumbir mas tarde, la conservacion de la plaza era preferible á su ruina: Leonidas pereció en las Termópilas, y su muerte era cierta tambien antes de lanzarse al combate. Zaragoza tendrá la misma gloria: ese fervor religioso que abraza á la vez el presente y el porvenir, la cuna y la tumba; ese fervor que se hace aun mas santo cuando combate al extranjero y á los opresores de la patria, allí..... en Zaragoza brotó. Esa sublime indiferencia á las cosas de la vida y de la muerte, incapaz de inquietarse por nada, sino por obedecer al impulso de una noble y sublime pasion..... allí se hizo á todos patente. ¡Allí..... en aquella ciudad, la naturaleza moral supo, en fin, triunfar de la fisica!.....»

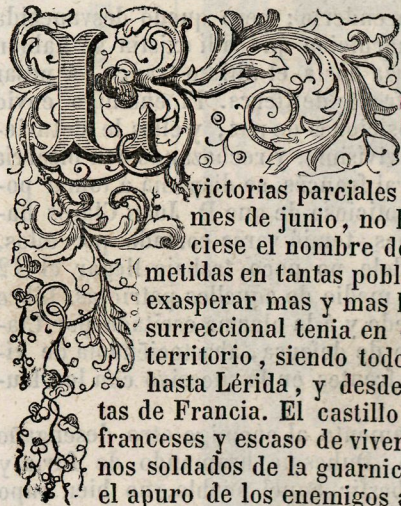
El ilustre general Palafox, cuyo nombre equivale á un poema, hizo patentes en este sitio las raras cualidades de su alma, llena á la vez de ardor y sangre fria, de grande exaltacion y gran firmeza, de temeridad y de calma: hombre digno de mandar á aquel pueblo y de identificarse con su gloria, siendo uno desde entonces el laurel con que la historia ciñe las dos frentes, la de la ciudad y la del caudillo. Palafox ha gozado el placer de ver la apoteosis de sus hechos aun antes de descender á la tumba: dicha concedida á muy pocos....., y de pocos tambien merecida. Mas adelante le veremos al frente de su brava Zaragoza dar un segundo ejemplo de constancia, de tenacidad y heroismo, como para decir á los incrédulos, que hecho un imposible una vez, puede muy bien realizarse otra. Doble y elocuente leccion para los ateos políticos, incapaces de creer aquellos dias en la omnipotencia del pueblo.

(1) Acerca de esto, véase nuestra última nota.



CAPITULO XVI.

Sucesos de la guerra en Cataluña.—Bloqueo del castillo de Figueras por el paisanaje.—Entra Reille en Cataluña y socorre á los bloqueados.—Defensa de Rosas.—Preparativos de Duhesme y Reille para sitiar á Gerona.—Marcha de los franceses sobre esta plaza é inútil tentativa de Goulas para apoderarse de Hostalrich.—Digresion sobre los somatenes, migueletes y partidas de guerrilleros.—Pone Duhesme sitio á Gerona.—Desembarco de las tropas de Menorca al mando del marqués del Palacio en el puerto de Tarragona.—Refuerzo del cordón del Llobregat.—Crítica situacion de Lecchi en Barcelona.—Toma de Mongat por los somatenes.—Heróica defensa de Gerona.—Llegada de los migueletes y somatenes delante de la plaza y levantamiento del sitio.—Sucesos de la guerra en Portugal hasta su total evacuacion por las tropas francesas.—Fin de la primera campaña de la Peninsula.



La insurreccion de Cataluña, alentada por la derrota de los franceses delante de los muros de Gerona, tenia apurado á Duhesme, falto de fuerzas para medirse con sus enemigos de un modo capaz de imponerlos, ahogando en ellos definitivamente el germen de la revolucion. Las victorias parciales que él y sus gefes subalternos habian obtenido el mes de junio, no habian bastado á darles un solo triunfo que mereciese el nombre de tal; ni los saqueos, incendios y atrocidades cometidas en tantas poblaciones, habian producido otro fruto que el de exasperar mas y mas la requemada furia catalana. El movimiento insurreccional tenia en convulsion al Principado en toda la estension del territorio, siendo todo él un hervidero de insurjentes desde Tarragona hasta Lérida, y desde la frontera de Valencia hasta las mismas puertas de Francia. El castillo de San Fernando de Figueras, ocupado por 400 franceses y escaso de viveres, estaba cercado por el paisanaje y por algunos soldados de la guarnicion de Rosas desde mediados de junio, siendo tal el apuro de los enemigos á principios del mes siguiente, que se hallaban ya á punto de rendirse, cuando inesperadamente les vino un socorro que les evitó ser vencidos.

El general de brigada Ritay, comandante del departamento de los Pirineos orientales, presumiendo el estado apurado en que podria hallarse Duhesme, salió de Perpignan con una columna de 700 hombres, compuesta de compañías de reserva y de destacamentos portugueses, recorriendo durante el mes de junio los valles de Gabarnie y Arrajonet, y llegando hasta la Junquera, donde supo el bloqueo de Figueras y la abortada tentativa de los suyos sobre Gerona. Tan desagradables nuevas le fueron confirmadas en Bayona por el mismo Duhesme, quien le